

Es lógico, pues, que no podamos encontrar en el devenir de la Historia criatura alguna —excepción hecha de la Santísima Humanidad de Cristo— con santidad mayor que la de María. En nadie se volcó Dios tan plenamente como en Ella. Si el grado de gracia depende de la intensidad de la unión con Dios Trino y Uno, ¿cómo encontrar alguien que pueda compararse con aquella que fue elegida para vivir la máxima intimidad con la Trinidad beatísima? Por eso, comprendemos perfectamente la contundente afirmación del Concilio Vaticano II: «Con un don de gracia tan eximia (la Virgen María) antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas», afirmación que recoge literalmente la encíclica del Papa Juan Pablo II (41).

La grandeza de María ha deslumbrado a los teólogos. Así Santo Tomas de Aquino razona de esta manera: «La bienaventurada Virgen María, por el hecho de ser Madre de Dios, tiene una especie de dignidad infinita a causa del bien infinito que es Dios. Y en esta línea no puede imaginarse una dignidad mayor, como no puede imaginarse cosa mayor que Dios» (42).

Otro teólogo clásico, San Buenaventura, describe así el cúmulo de gracias de María: «Como el océano recibe todas las aguas, así María recibe todas las gracias. Como todos los

ríos se precipitan en el mar, así las gracias que tuvieron los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes se reunieron en María» (43). San Jerónimo comenta así la salutación angélica: «Dios te salve, llena de gracia. Y es verdad que es llena de gracia, porque a los demás se da con medida, pero en María se derramó al mismo tiempo toda la plenitud de la gracia. Verdaderamente es llena de gracia aquella por la cual toda criatura fue inundada con la lluvia abundante del Espíritu Santo» (44).

(35) Lc. 1,26.

(36) Lc. 1,28.

(37) G. Huber, «Mi ángel marchará delante de tí», Ediciones Palabra, Madrid 1974, pg. 133)

(38) Lc. 1,35.

(39) Oración litúrgica de la solemnidad de la Inmaculada.

(40) Jose María Escrivà de Balaguer, CAMINO, nº 496.

(41) Encíclica «Redemptoris Mater», nº 9.

(42) Santo Tomás, «Suma Teológica», 1, q.25, a.6. Ref. de Francisco Fernandez Carvajal, «Antología de Textos», Ediciones Palabra, 2.ª edición, Madrid 1983, nº 5381.

(43) San Buenaventura, «Speculi», 2. F. Fernández Carvajal, ob. cit., nº 5383.

(44) San Jerónimo, «Sermón sobre la Asunción de la Virgen». F. Fernández Carvajal, ob. cit., nº 5394.

MADRE INMACULADA

«Según la doctrina formulada en documentos solemnes de la Iglesia, esta 'gloria de la gracia' se ha manifestado en la Madre de Dios por el hecho de que ha sido redimida 'de un modo eminente'.»

(«Redemptoris Mater», n° 10)

Hablando de la «Llena de gracia», no puede faltar la referencia al privilegio de su Concepción Inmaculada. Precisamente este misterio es la primera consecuencia de la plenitud de gracia en María. Así lo expresa el Papa cuando escribe: «De esta manera, desde el primer instante de su concepción, es decir, de su existencia, es de Cristo, participa de la gracia salvífica y santificante...». Y anteriormente ha dicho expresamente que «en virtud de la rique-

za de la gracia del Amado, en razón de los méritos redentores del que sería su Hijo, María ha sido preservada de la herencia del pecado original» (45). O sea, que María en todo momento ha estado llena de Dios; siempre ha compartido la vida sobrenatural de la gracia. No se ha dado en Ella ningún momento de ruptura o enemistad con Dios.

Todo ser humano, junto con la naturaleza correspondiente, recibe a través de su progenitor, la transmisión de una herencia negativa: la participación en la culpa solidaria de la humanidad, la cual, representada en su cabeza allá en sus orígenes, quiso ser tanto como Dios. Cuando comienza a formarse un ser humano, se reproduce automáticamente aquella culpa original. La naturaleza que se transmite en la generación lleva consigo inevitablemente la contaminación de la primera desobediencia humana. A esta transmisión hereditaria de aquel pecado, inoculado en la misma naturaleza desde el origen de la humanidad, es a lo que la teología católica viene llamando «pecado original».

Es un pecado: porque sitúa al hombre en un estado de apartamiento en su relación con Dios. Y es original: porque no depende de una decisión personal del hombre, sino que viene así desde el origen de la humanidad, ya que ésta quedó totalmente despojada de todo don

sobrenatural como consecuencia de la rebeldía institucional del primer hombre. Porque el estado que llamamos «de gracia», es decir, la condición de partícipe de la naturaleza divina, no es exigencia de la naturaleza del ser humano. Era un regalo que Dios otorgó al hombre, en Adán, y éste lo rechazó. Así, al perder la gracia por aquel primer pecado, la naturaleza humana quedó en sus propios límites naturales y herida por el pecado. Desde entonces se transmite desprovista de la gracia santificante.

Pero María fue una excepción. Ella estaba predestinada para transmitir la naturaleza humana al Hijo del mismo Dios. Por eso, el autor de la naturaleza, Dios todopoderoso, se adelantó dándole a Ella, desde el primer momento de su existencia, la vida sobrenatural de la gracia. ¿Porqué? Por un privilegio singularísimo. Porque Dios podía hacerlo. Y porque quiso hacerlo a favor de quien iba a ser su Madre.

La proporción de gracia que María recibe en aquel primer momento de su existencia es la que corresponde al amor del Hijo, que es Dios. Lo cual equivale a decir que su gracia es ilimitada, desbordante, sobreabundante. No cabe duda: la mente humana ve muy razonable que, ya desde aquel primer instante, María es la «Llena de gracia».

De modo solemne, el Magisterio de la Iglesia declaró esta verdad como perteneciente al

tesoro doctrinal que Cristo la encomendó custodiar y transmitir. Ello quiere decir que es un «dogma de fe» proclamado solemnemente por el Papa Pío IX con estas palabras: «Declaramos, pronunciamos y definimos, que la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús, Salvador del género humano, ha sido revelada por Dios y debe ser, por tanto, firme y constantemente creída por todos los fieles» (46).

(45) Encíclica «Redemptoris Mater», nº 10.

(46) Bula «Ineffabilis Deus», 8 diciembre 1854. Cfr.F. Fernández Carvajal, ob. cit., nº 5391.

AUXILIO DE LOS CRISTIANOS

«El misterio de la Encarnación constituye el cumplimiento sobreabundante de la promesa hecha por Dios a los hombres, después del pecado original...».

(«Redemptoris Mater», n° 11)

Sin duda alguna, la primera acción humana con repercusiones universales en el devenir de la humanidad ha sido aquella rebeldía primitiva que en el dogma católico conocemos con el nombre de «pecado original». Aquel hecho trastornó totalmente la historia. Introdujo en ella un elemento disgregador que no ha cesado de promover toda clase de maldad tanto en el aspecto ético como en el orden físico. Aquella sublevación inicial motivó la dialéctica permanente (para muchos inexorable y materialista)

entre el bien y el mal. Aquel acontecimiento, en los albores del hombre libre, puso en marcha «una dura lucha, que penetrará toda la historia humana» (47). Aquel primer pecado fue un auténtico cataclismo de incalculables y perniciosos efectos promovido desde el interior del propio ser humano. Una explosión de soberbia que produjo incontables reacciones en cadena incluidas todas en el concepto «desgracia».

Pero Dios puso en marcha su omnipotencia y su misericordia para hacer frente, eficaz y liberalmente a esa situación de desastre; y, a la vez que sentencia la condena del pecado, promete la victoria definitiva sobre el mal mediante para ello una misteriosa «mujer» con su «descendencia» (48). A eso viene la Encarnación: a cumplir aquella promesa divina de que el «linaje de la mujer» derrotará el mal del pecado en su misma raíz: «aplastará la cabeza de la serpiente» (49).

Eso sí: como el Papa subraya en su encíclica, «la victoria del Hijo de la mujer no sucederá sin una dura lucha que penetrará toda la historia humana» (50). Le costó mucho a Cristo su victoria. Y esas dificultades habrán de experimentarlas también sus seguidores, porque «no está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre su amo» (51); «Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán» (52).

Está claro que para vencer hay que luchar. Para triunfar hay que esforzarse. El camino de la victoria está definitivamente establecido. Lo recorrió Cristo dejando regueros de sangre y culminándolo en lo alto de la Cruz. Y no hay posibilidad de elegir alternativa de estrategia para vencer en la batalla contra el pecado que es el verdadero causante del mal en el mundo.

María se encuentra en el centro mismo de aquella lucha. Ella prestó su condición de «mujer» para que el Verbo de Dios asumiera las armas de la naturaleza humana; así fue posible que librara la batalla de una vida humana gastada en la lucha contra el mal del pecado. María sigue presente hoy en el 'ojo del huracán' de esta lucha que su Hijo, viviente en la Iglesia, mantiene a lo largo de la historia contra las irracionales fuerzas del mal. María es garantía de victoria. Es «señal de esperanza segura» (53). Por eso, los que disfrutamos la inestimable suerte de formar el Cristo Iglesia, el Cristo total, tenemos que asumir nuestra condición de luchadores contra el mal del pecado. Sabedores que, de la mano de Santa María, podemos ya saborear anticipadamente el gozo de la victoria.

Si hacemos de María la referencia constante de nuestra lucha, tenemos garantizada la victoria. Nos lo recordaba Pablo VI con estas palabras: «La misión maternal de la Virgen

empuja al pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a aquella que está siempre dispuesta a acoger sus peticiones con afecto de madre y con eficaz ayuda de auxiliadora; por eso los cristianos la invocan desde antiguo como 'Consoladora de los afligidos', 'Salud de los enfermos', 'Refugio de pecadores', para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora de la esclavitud del pecado; porque Ella, libre de toda mancha de pecado, conduce a sus hijos a vencer con enérgica determinación el pecado. Y, hay que afirmarlo una y otra vez, esta liberación del mal y de la esclavitud del pecado es la condición previa y necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas.

La santidad ejemplar de la Virgen mueve a los fieles a levantar los ojos hacia María, 'que brilla ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes'. Virtudes sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la palabra de Dios; la obediencia generosa; la humildad sincera; la caridad solícita; la sabiduría reflexiva; la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos, agradecida por los bienes recibidos, que ofrece en el templo, que ora en la comunidad apostólica; la fortaleza en el destierro, en el sufrimiento; la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor; el vigilante cuidado hacia el Hijo desde

la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz; la delicadeza previsoras; la castidad virginal; el fuerte y casto amor conyugal. De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida. Y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella eficacia pastoral que brota del culto tributado a la Virgen» (54).

(47) Encíclica «Redemptoris Mater», nº 11.

(48) Gen. 3,15.

(49) «Redemptoris Mater», nº 11.

(50) Ibidem.

(51) Mt. 10, 24.

(52) Jn. 15, 20.

(53) «Redemptoris Mater», nº 11.

(54) Pablo VI: «Marialis cultus», AAS 66 (1974) 168. Cfr. Liturgia de la Horas, Vol. IV, pg. 1281.

VIRGEN PODEROSA

«En el saludo de Isabel cada palabra está llena de sentido y, sin embargo, parece ser de importancia fundamental lo que dice al final: Feliz la que ha creído que se cumplirían todas las cosas que le fueron dichas de parte del Señor».

(«Redemptoris Mater», n.º 12)

Estamos viviendo en unos tiempos en que se valoran mucho los avales, las garantías, los seguros... Con prudente previsión se anticipan soluciones a posibles riesgos o siniestros. Podrá parecer contradictorio; pero algo similar ocurre con la actitud de fe. Es parecido a un seguro mediante el cual «el hombre se confía libre y totalmente a Dios» (55). Siguiendo la comparación, podríamos afirmar que la suscripción

de esta póliza tiene también su precio: es la plena confianza, el abandono total, a todo riesgo, en la voluntad divina. Así podremos captar mejor el hondo sentido de la exclamación de Isabel: «¡Feliz la que ha creído...!» (56).

Cuando Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, pronunció estas palabras, María tenía ya la gozosa experiencia de su realización. Ella desbordaba felicidad precisamente «por haber creído». Su gozo contagioso era la ubérrima cosecha de su fe. ¡Cuántas veces nosotros recorreríamos el camino a la inversa, es decir, exigiendo el anticipo de la felicidad para prestar la obediencia de la fe! María en cambio entona el «Magnificat» desde la dura experiencia —previamente vivida— de su abandono total en Dios. «Ella se confió a Dios sin reservas» (57) y con ello sembró felicidad en su alma.

La plena vivencia de la fe no es una actitud quietista de pasividad frente a la dificultad de la vida; es, por el contrario, un gesto sereno que impulsa a superar con coraje cualquier dificultad; consciente de que para ello nunca se está solo, sino que se cuenta con la fuerza de Dios; «Yavé es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré? Yavé es el baluarte de mi vida: ¿ante quién temblar?... Aunque acampe contra mí un ejército, no temerá mi corazón. Aunque se alzare en guerra contra mí, aun entonces estaré tranquilo...» (58). Cuando el sujeto se deja go-

bernar por la fe, se tiene el convencimiento de que la victoria final es segura. Más todavía: se paladea con anticipación el disfrute de la victoria. Por ello, no extraña que María, ante el elogio de Isabel, reaccione entonando precisamente las verdades que proclama el «Magnificat». Porque, cuando se vive de la fe, poco cuenta la violencia de «los soberbios de corazón» (59) ni el montaje aparatoso del «trono de los poderosos» (60) ni la falsa seguridad apoyada en los «bienes de los ricos» (61). Porque el que tiene auténtica fe, al igual que María, se sabe apoyado en Dios, que «hace proezas con su brazo» (62), «dispersa a los soberbios de corazón» (63), «derriba a los potentados de sus tronos» (64) y «a los ricos los despidió vacíos» (65)...

María conoció y recorrió perfectamente el difícil camino de la fe. Y encontró en ese momento de su encuentro con Isabel la oportunidad de proclamar la excelente compensación que supone la respuesta de Dios al esfuerzo requerido por la fe. Cuando María entona el «Magnificat», es como si respondiera a las alabanzas de Isabel diciendo: «¡Merece la pena creer...! ¡Vale la pena fiarse plenamente de Dios!». ¡Cómo tenemos que agradecer a María este maravilloso testimonio de su fe!

«En mí se encuentra toda gracia de doctrina y de verdad, toda esperanza de vida y de

virtud» (66). ¡Con cuánta sabiduría la Iglesia ha puesto esas palabras en boca de nuestra Madre, para que los cristianos no las olvidemos. Ella es la seguridad, el Amor que nunca abandona, el refugio constantemente abierto, la mano que acaricia y consuela siempre» (67). Uno de los frutos más inmediatos de la auténtica devoción mariana ha de ser precisamente éste: confiar plenamente en María. Siguiendo el consejo del Santo Cura de Ars, «en todas nuestras penas, sean del alma, sean del cuerpo, después de Dios, hemos de concebir una gran confianza en la Virgen María» (68). Es el modo más seguro de afianzar nuestra propia fe participando de la solidez que tuvo la de María.

(55) «Redemptoris Mater», n.º 13.

(56) Lc. 1, 45.

(57) «Redemptoris Mater», n.º 13.

(58) Ps. 26, 1 y 3.

(59) Lc. 1, 51.

(60) Lc. 1, 52.

(61) Lc. 1, 53.

(62) Lc. 1, 51.

(63) Ibidem.

(64) Lc. 1, 52.

(65) Lc. 1, 53.

(66) Eclo. 24, 25.

(67) Josemaría Escrivá de Balaguer, «Amigos de Dios», n.º 279.

(68) Sermón sobre la Esperanza. Cfr. F. Fernández de Carvajal, ob. cit., n.º 5421.

MADRE ADMIRABLE

«La fe de Maria puede parangonarse también a la de Abraham llamado por el Apóstol 'nuestro padre en la fe'».

(«Redemptoris Mater», n.º 14)

Dios ha hecho dos grandes alianzas con la humanidad. La primera es la que conocemos como Antiguo Testamento. Y viene a ser como un proyecto de la segunda y definitiva. Esta Alianza del Antiguo Testamento es la que Dios hace para seleccionar un pueblo que en el transcurso azaroso de la historia antigua conserve y transmita fielmente la fe verdadera. Aquella Alianza surge de un pacto con Abraham: un creyente a prueba de absurdos; un hombre al que se le exige hasta lo inverosímil

para que demuestre la calidad de su fe; un hombre ciertamente extraordinario, al que Dios parece haber fabricado refractario a la duda en sus relaciones con la divinidad; un creyente tan recio y tenaz que, a veces, da la impresión de estar porfiando con el mismo Dios –siempre desde una actitud de humilde sumisión– para sacar adelante aquel pacto de poner en marcha un pueblo adorador en espíritu y en verdad. En definitiva, en Abraham encontramos hecho vida un testimonio monumental que Dios mismo se procuró para que fuera la roca firme donde se cimentara la fe de su pueblo elegido. La figura de Abraham es como el molde de lo que Dios esperaba conseguir del devenir histórico de Israel. Más todavía: podemos afirmar que Abraham configura el modo de ser creyente del hombre de fe en cualquier tiempo de la historia.

La segunda Alianza de Dios con la humanidad es lo que denominamos el Nuevo Testamento. De esta Nueva Alianza escribe el Papa que se fundamenta sobre la fe de María, al igual que la Antigua se cimentaba sobre la fe de Abraham. Efectivamente, lo mismo que Abraham tuvo que dar crédito a Dios para quedar hecho «padre de muchas naciones» (69), también María hubo de creer que «por obra del Espíritu Santo se convertiría en la Madre del Hijo de Dios» (70). Y también Ma-

ría fue sometida a las pruebas de la adversidad y de lo humanamente ilógico teniendo que ver pobre, perseguido, impotente y desterrado al que Ella sabía con certeza Dios todopoderoso y Señor del Universo... Ella experimentaba cómo Aquel que había sido anunciado como «Hijo del Altísimo» y al que «le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin» (71), Ella en cambio le ve en la precisión de esconderse y en la necesidad de huir al destierro.

Toda la vida de María es prueba de fe. Y así es como se conquista su bienaventuranza: «¡Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor!» (72). A lo largo de todo su peregrinar terreno, María se va convirtiendo en testigo mudo, o más bien silencioso, de la maravilla del Dios escondido. María va decantándose como el humilde aunque firmísimo cimiento de todo el Nuevo Testamento.

Después de su resurrección, Jesucristo proclamará dichosos a los que crean sin haber visto (73). Esta bienaventuranza sugiere la medida de la fe de María. Porque nadie como Ella tuvo que creer sin haber visto. Más aún: a Ella se le exigió, en muchos pasajes de su vida, no sólo creer lo que no veía, sino creer contra lo que veía y experimentaba. Fe heroica. Fe sor-

prendente. Fe propia de la plenitud de los tiempos, del nuevo Pueblo de Dios.

Tanto en el caso de Abraham como en el de María, lo que Dios pide es absoluta confianza. Consiguientemente, esa tiene que ser también la actitud nuestra para que merezcamos ser llamados con verdad 'creyentes': fiarnos de Dios plenamente, aunque a veces tengamos la impresión de que todos los caminos parecen cerrados; aunque los datos de que disponemos nos digan lo contrario. En definitiva, eso le sucedió a Abraham con su hijo Isaac: en él, y sólo en él, se apoyaba la esperanza de una prometida descendencia incontable: «Mira el cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas; así de numerosa será tu descendencia» (74). Abraham no tenía otro asidero humano para su esperanza; pero estaba dispuesto a sacrificarlo todo fiado de la promesa de Dios. También María había oído cómo el ángel le anunció que al Hijo del Altísimo, que de Ella había de nacer, «le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin» (75). En contraste abrumador con esta bella promesa, María contempla a su Hijo ajusticiado y muerto; pero no duda, a pesar de ello, de que la promesa se cumplirá. Que Dios no fallará. Esta es la disposición de ánimo que tenemos que imitar: creer «contra toda esperanza» (76), que equi-

vale a decir creer contra toda dificultad. Plenamente convencidos de que Dios no miente; Dios no engaña; Dios siempre cumple.

Ciertamente, lo más sensato que puede hacer el ser humano ante Dios es abrirle de par en par las puertas de la mente y del corazón. Hay que fiarse totalmente de Él. Porque, como dijo el célebre converso Cardenal Newman: «Nada es demasiado difícil de creer acerca de Aquel para quien nada es demasiado difícil de hacer» (77).

(69) Rom. 4, 18.

(70) Enc. «Redemptoris Mater», n.º 14.

(71) Lc. 1, 32-33.

(72) Lc. 1, 45.

(73) Jn. 20, 29.

(74) Gen. 15, 5.

(75) Lc: 1, 32-33.

(76) Rom. 4, 18.

(77) Francisco Fernández Carvajal, ob. cit., n.º 2300.

ESCLAVA DEL SEÑOR

«Por medio de esta fe, María está unida perfectamente a Cristo en su despojamiento».

(«Redemptoris Mater», n.º 18).

María y Jesús habían sintonizado en consonancia perfecta desde el primer momento. En la anunciación, Ella se proclamaba «esclava del Señor» (78) y aceptaba el cumplimiento de la voluntad divina con un rotundo «hágase en mí según tu palabra» (79); en ese mismo instante, dentro de Ella, «el Verbo se hizo carne» (80). Y, desde el seno materno, brotan los primeros afectos de ese nuevo hombre que es el Hijo de Dios y que parecen el eco literal de aquella plena disponibilidad de la Madre: «He aquí que vengo a hacer tu voluntad» (81). Tal sintonía entre la Madre y el Hijo se mantendrá

invariable a lo largo de toda la vida. Siempre como la más lógica manifestación de fe y con un idéntico e inamovible punto de mira común: el cumplimiento fiel de la voluntad del Padre.

En unas ocasiones será el Hijo quien ayuda a la Madre a vislumbrar con claridad ese objetivo fundamental de sus vidas; así ocurre en el episodio del templo de Jerusalén, después de tres inolvidables jornadas de «noches oscuras», cuando ante la interpelación lógica de una Madre dolorida Jesús responde: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?» (82).

Otro día será la Madre la que brinda al Hijo la ocasión de acortar el camino en el cumplimiento de la sacrosanta voluntad del Padre; así ocurrió en Caná de Galilea, en plena celebración de una boda en la cual ambos eran invitados. Tras un encantador forcejeo entre los dos, la Madre pone en «hora» el reloj taumatúrgico del Mesías como adivinando el momento que el Padre había señalado para que «Jesús diera comienzo a sus señales» (83). Y lo hace transmitiendo a los sirvientes del banquete una delicada orden de sumisión y obediencia: «Haced lo que Él os diga» (84).

Pero siempre –uno y otra– practicando heroicamente la obediencia de la fe. Y tenemos que subrayar que ésta, cuando es auténtica,

conlleva un total despojamiento. En Jesús y en María esto se va realizando progresivamente hasta culminar en el escandaloso espectáculo del Calvario. Allí, en la cima del pequeño monte, formando un dúo dramáticamente corredentor, las almas de María y de Jesús viven como experiencia trágicamente compartida una situación pavorosa y tremenda, calificada por Juan Pablo II como «la más profunda 'kénosis' de la fe en la historia de la humanidad» (85).

El Hijo y la Madre, al igual que dos caudalosos ríos que se entregaran mansamente sus aguas, confluyen en ese momento crucial en que se cumple la soberana y salvífica voluntad del Padre, para vivir con amor supremo una misma actitud de fe. Él, cosido al madero por el amor, se convierte para siempre en definitivo «signo de contradicción» (86); Ella, dolorosa junto a la Cruz de su Hijo, recuerda sin duda las proféticas palabras del anciano Simeón: «¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma!» (87).

Jesús y María compartieron a la perfección la obediencia de la fe. Y ofrecieron al Padre el holocausto de su total despojamiento. Sin otro consuelo que saberse fieles y gozosos cumplidores de la voluntad divina. Con toda seguridad podemos pensar que, en medio de aquel insondable abismo de amargura, María sintió

en el centro de su alma el suave aleteo y la consoladora presencia del Espíritu Santo que la recordaba las palabras que tiempo atrás inspirara a su anciana pariente Isabel: «Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor» (88).

¡Qué difícil resulta aceptar como voluntad de Dios lo que contradice nuestros planes personales o va en contra de nuestros inmediatos intereses! Sin embargo, es una realidad diaria lo que afirma monseñor Alvaro del Portillo: «Dios sabe más. Los hombres entendemos poco de su modo paternal y delicado de conducirnos hacia Él» (89). Ya Santa Teresa de Jesús nos advierte de esto cuando escribe: «Este es nuestro engaño, no dejarnos del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene» (90). La experiencia demuestra que en muchas ocasiones parecemos desaprobar los caminos de Dios; como si nosotros supiéramos mejor que Él lo que es más conveniente.

Hagamos nuestra la actitud de Cristo y de María: «He aquí que vengo a hacer tu voluntad» (91). En todo: en lo agradable y en lo costoso; en lo material y en lo sobrenatural. ¡Qué bien asumido lo tenía aquel gran santo—modelo acabado de laico cristiano— que fue Tomás Moro. Cuando vio ya humanamente cerrados todos los caminos ante la injusta con-

dena que lo empujaba al cadalso, escribía a su hija Margarita desde la cárcel de la Torre de Londres, y se expresaba de esta manera: «...de lo que estoy cierto es de que Dios no me abandonará sin culpa mía. Por eso me pongo totalmente en manos de Dios con absoluta esperanza y confianza» (92).

(78) Lc. 1,38.

(79) Ibidem.

(80) Jn. 1,14.

(81) Heb. 10,9.

(82) Lc. 2,49.

(83) Jn. 2,11.

(84) Jn. 2,5.

(85) «Redemptoris Mater», n.º 18.

(86) Lc. 2,34.

(87) Lc. 2,35.

(88) Lc. 1,45.

(89) Josemaría Escrivá de Balaguer, «Amigos de Dios», Presentación.

(90) Santa Teresa de Jesús, Vida, VI,5.

(91) Heb. 10,9.

(92) Francisco F. Carvajal, «Antología de Textos», n.º 5635.

MADRE DE LOS CREYENTES

«En la expresión 'feliz la que ha creído' podemos encontrar como una clave que nos abre a la realidad íntima de María».

(«Redemptoris Mater», n.º 19).

Adán, el primer hombre, desequilibró el universo con su desobediencia. El mundo se desquició, en el más literal de los sentidos. Aquella sublevación del primer hombre fue un auténtico sabotaje al proyecto divino de poner en marcha un mundo extraordinariamente perfecto desbordante de bondad. Aquella rebeldía de la humanidad estaba exigiendo una restauración; era preciso volver a colocar las cosas en su sitio.

Para ese menester era preciso que llegara

un nuevo Adán, un nuevo representante de la humanidad que estuviera capacitado para, en nombre de ella, restaurar el orden roto por la rebeldía del primer hombre. El nuevo cabeza de la humanidad no sólo repararía con un acto de desagravio el mal cometido, sino que había de poner en marcha un orden nuevo, un sistema totalmente distinto cuya ley fundamental fuera la obediencia de la fe como expresión vital de amor.

Cristo, clavado en la Cruz, «obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (93), junto a María que comparte plenamente su dolor, está proclamando la caducidad del orden viejo, edificado sobre la rebeldía y el engreimiento.

Desde aquella hora de la Cruz, surgió ya un «contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad contenidas en el pecado de los primeros padres» (94). Efectivamente, si hay algún gesto que pueda significar sometimiento, humillación, obediencia, despojamiento... es el gesto de la Cruz. Si hay que distinguir un ser humano que haya hecho méritos para encabezar un mundo renovado que contrarreste la soberbia del primer Adán... ese hombre no puede ser otro que Jesucristo. Si junto a Él hay que encontrar una mujer que —nueva Eva— haya cooperado eficazmente a la instauración de ese orden nuevo en el que la fe y la obediencia se identifican... esa mujer no puede ser

otra que María. Ella, en expresión de San Ireneo, «desató por la obediencia» lo que la primera mujer había enredado. Ella «desató por la fe» lo que la incredulidad de aquella había esclavizado (95).

Si Abraham, por su fe a toda prueba, mereció ser llamado el «padre de una muchedumbre de pueblos» (96), María, por su actitud de apertura enamorada, dócil, obediente y sumisa a la voluntad divina, se ganó el sobrenombre de «Madre de los vivientes» (97), Madre de los que viven la vida verdadera, de los que comparten con fe obediente la vida de Dios.

¡Feliz la que ha creído...!

Esta exclamación, dicha por impulso del Espíritu Santo, nos revela el maravilloso panorama de la «Llena de gracia». Como tal, formará parte inseparable del misterio salvador de Cristo; pero, por su obediencia en la fe, asume el bordón de peregrina y, a lo largo de su vida terrena, tendrá que superar caminos oscuros, avanzar sólo a tientas en la peregrinación de la fe, sin entender muchas cosas de las que contempla y protagoniza; hasta llegar al punto culminante de la obra redentora, cuando oiga a su Hijo exclamar: «¡Todo se ha cumplido!» (98).

¡Feliz la que ha creído...!

Madre: necesitamos más coraje luchador; más talante de peregrinos de la fe para recorrer

con señorío los caminos nada claros que todo creyente debe explorar. ¡Ayúdanos!

Juan Pablo I ilustró maravillosamente lo que debe ser la fe. Decía él: «He aquí lo que es la fe: rendirse a Dios, pero transformando la propia vida. Agustín contó el itinerario de su fe. Especialmente en las últimas semanas fue terrible; leyéndole se siente su alma como estremecerse y retorcerse en conflictos interiores...

Así, pues, no hay que decir: 'sí, pero... sí, pero más tarde' Hay que decir: '¡Señor, sí! ¡Ahora mismo!'. Esto es la fe. Responder con generosidad al Señor. Pero ¿quién dice este sí? Quien es humilde y se fía completamente de Dios» (99).

He aquí la gran lección que nos brinda la inquebrantable fe de María.

(93) Fil. 2,8.

(94) «Redemptoris Mater», n.º 19.

(95) Ibidem.

(96) Gén. 17, 4.

(97) «Redemptoris Mater», n.º 19.

(98) Jn. 19, 30.

(99) Juan Pablo I, Aloc. 13-IX-78. Cfr. Francisco Fernández Carvajal, «Antología de Textos», n.º 2329.

VIRGEN DEL CAMINO

«Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron» (Lc. 11,27). Estas palabras constituían una alabanza para María como Madre de Jesús, según la carne...».

(«Redemptoris Mater», n.º 20).

María misma había lanzado la profecía de que la proclamarían bienaventurada todas las generaciones. Habían pasado ocasiones propicias para ello y la alabanza no había surgido. Ni los pastores de Belén, ni los Magos llegados del Oriente, ni el anciano venerable Simeón la habían aclamado «dichosa». Otra oportunidad perdida pudo ser el feliz desenlace de aquella angustiosa búsqueda, durante tres jornadas, con el encuentro gozoso en el templo de Jerusalén: Jesús estaba siendo objeto de admira-

ción y asombro por parte de las más valiosas cabezas del Pueblo de Dios; pero ninguno de ellos felicita a la Madre de aquel Niño superdotado; no cabe duda que un gesto de esa índole hubiera sido un detalle de delicadeza compensatorio en parte del sufrimiento y la amargura de tres largos días de angustia.

Ocurre bastante más tarde; ya en plena manifestación pública de Jesús; cuando éste se encuentra sitiado y es rechazado por la maliciosa insidia de sus tenaces enemigos. En medio de aquella borrasca de odio, se ilumina el panorama evangélico y brota el entusiasmo de una voz misteriosamente anónima, «una mujer de entre la gente» (100) grita fuerte, con clamor de pregonera, esta alabanza: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!».

Parece como si la infinita bondad del Padre Dios hubiera querido, en ese amargo momento de la contradicción de su Hijo, hacerle recordar como alivio, la presencia maternal de María en su quehacer como Redentor. En aquel momento del Evangelio, las opiniones sobre Cristo están divididas. Algunos, recalcitrantes y obstinados, interpretan mal sus milagros; y se empeñan en presentar a Jesús como consocio del demonio. El Señor desbarata enérgicamente aquellas burdas acusaciones y establece

la intransigencia más radical de su mensaje: «El que no está conmigo está contra mí» (101) ... Es en ese momento cuando surge el entusiasta grito de aquella mujer sin nombre para responder a todos que Jesús tiene una Madre...

Por la respuesta de Jesús, nosotros nos enteramos de que esa Madre es dichosa por haber tenido fe, por haber creído, por haber «escuchado la palabra de Dios» y «por haberla puesto en práctica». «¡Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan!» (102). Sin duda, los oyentes de aquella mujer entusiasta recordaron, tal vez sin conocerla, a la Madre de Jesús. Comenta el Papa Juan Pablo II: «A través de aquellas palabras ha pasado rápidamente por la mente de la muchedumbre, al menos por un instante, el evangelio de la infancia de Jesús. Es el evangelio en que María está presente como la madre que concibe a Jesús en su seno, le da a luz y le amamanta maternalmente. Gracias a esta maternidad, Jesús –Hijo del Altísimo (103)– es un verdadero hijo del hombre. Es 'carne', como todo hombre: es 'el Verbo que se hizo carne' (104). Es carne y sangre de María» (105).

El camino que Dios recorrió para hacerse hombre es el mismo que tiene que recorrer el hombre para acercarse a Dios: ese camino no es otro que María; la que mejor se unió a la divinidad con aquel «misterioso vínculo del espíritu, que se forma en la escucha y en la obser-

vancia de la palabra de Dios» (106). Porque, en definitiva, la experiencia demuestra que «a Jesús siempre se va y se vuelve por María» (107).

Hace siglos, San Bernardo escribió aquel precioso texto —ya clásico— en que presenta a María como vía segura de salvación, como garante de feliz arribada al puerto: «Si se levantan los vientos de las pasiones, si tropiezas con los escollos de la tentación, mira a la estrella, llama a María. Si te agitan las olas de la soberbia, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, la avaricia o la impureza impelen violentamente la nave de tu alma, mira a María. Si turbado con la memoria de tus pecados, confuso ante la fealdad de tu conciencia, temeroso ante la idea del juicio, comienzas a hundirte en la sima sin fondo de la tristeza o en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de tu mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te ampara» (108).

Tras este maravilloso pasaje sobre la importancia de la ayuda de María, sólo cabe exclamar: ¡Madre! ¡Virgen del Camino! ¡Dichosa entre todas porque te fiaste de Dios! ¡Guíanos junto a Jesús, «fruto bendito de tu vientre» (109).

(100) Lc. 11, 27.

(101) Lc. 11, 23.

(102) Lc. 11, 28.

(103) Lc. 1, 32.

(104) Jn. 1, 14.

(105) «Redemptoris Mater», n.º 20.

(106) Ibidem.

(107) Josemaría Escrivá de Balaguer, CAMINO, n.º 495.

(108) San Bernardo, «Hom. sobre la Virgen Madre», 2. Cfr. Francisco F. Carvajal, «Antología de Textos», n.º 5428.

(109) Lc. 1, 42.

MADRE AMABLE

«Al ser anunciado a Jesús que su 'madre y sus hermanos están fuera y quieren verle', responde: 'Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen' (Lc. 8,20-21). Esto dijo 'mirando en torno a los que estaban sentados en corro', como leemos en Marcos (3,34) o, según Mateo (12,49), 'extendiendo su mano hacia sus discípulos'».

(«Redemptoris Mater», n.º 20)

El Papa Juan Pablo II, al redactar su encíclica, conecta estas palabras de Jesús con las que dijo a su Madre y a José, al ser encontrado

después de aquellos largos tres días en el templo entre los doctores de la Ley.

Parece como si, tanto Jesús como María, hubieran tenido que madurar en su actitud de «ocuparse en las cosas del Padre...» (110) y, sólo cuando fue ya posible la total dedicación a este menester, comienza el ministerio público del Señor. Jesús descubre un sentido nuevo en todo lo humano y particularmente enriquece con matices insospechados dos vínculos tan sagrados como son la «maternidad» y la «fraternidad».

Jesús se lanza al ejercicio de su ministerio diciendo que «el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca» (111). En ese Reino de Dios tienen un protagonismo relevante las «cosas del Padre» (112). Con estas coordenadas Jesús pone en marcha un orden nuevo, anuncia e instaura un mundo nuevo donde los hermanos no lo son porque tengan un «origen común de los mismos padres» (113); ni la «maternidad» es exclusiva de la mujer que da a luz el fruto material gestado en su vientre.

Jesús, en la instauración de su Reino, descubre y proclama que hay un vínculo más pleno y consistente que el de la sangre. Es el de la fe operativa. Por eso, cuando dice: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen» (114), no está dando respuesta evasiva ni, mucho menos, rele-

gando a la penumbra la maternidad de María. Tanto en esta ocasión como en la de la mujer entusiasta que alaba a la madre de Jesús sin conocerla, lo que el Señor hace al responder de esta manera es expresarse con el lenguaje del nuevo Reino. Así potencia aquella maternidad situándola en el lugar que la corresponde en el orden nuevo que ha venido a instaurar.

La encíclica de Juan Pablo II afirma categóricamente «que la maternidad nueva y distinta, de la que Jesús habla a sus discípulos, concierne concretamente a María de un modo especialísimo» (115). Porque María es «la primera entre aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (116). «Sin lugar a dudas, María es digna de bendición por el hecho de haber sido para Jesús Madre según la carne..., pero también y sobre todo porque ya en el instante de la anunciación ha acogido la palabra de Dios, porque ha creído, porque fue obediente a Dios, porque 'guardaba' la palabra y 'la conservaba cuidadosamente en su corazón' (117) y la cumplía cuidadosamente en su vida» (118).

Las respuestas de Jesús, en ambos casos, no son réplicas. Son verdaderas aclaraciones del sentido pleno que hay que dar al concepto «madre» —y también al de «hermano»— en el nuevo orden de la gracia y que María vivió como nadie antes o después de Ella.

Gracias a esas palabras de Jesús, conocemos mejor el profundo sentido y el rico contenido de la maternidad de María. Así nos resulta más fácil caer en la cuenta de lo que puede hacer en nosotros la gracia santificante, si sabemos escuchar y poner en práctica todo lo que nos enseña la palabra de Dios. Entonces, nuestra unión con Él será tan fuerte que hará surgir un vínculo que sobrepasará la unión de la madre con su hijo y estará muy por encima de la que tienen los hermanos de sangre: «estos son mi madre y mis hermanos» (119).

Nadie más capacitado que María para ejercer tal maternidad que brota de la unión con Dios y del cumplimiento de su voluntad. Nadie la igualó en la cariñosa escucha de la palabra de Dios; como tampoco nadie se le puede comparar en el fiel cumplimiento de la voluntad divina. Por eso, conviene poner de relieve cómo «María es, al mismo tiempo, una madre de misericordia y de ternura, a la que nadie ha recurrido en vano; abandonándote lleno de confianza en su seno materno, pídele que te alcance esta virtud (de la humildad) que ella tanto apreció; no tengas miedo de no ser atendido. María la pedirá para ti a ese Dios que ensalza a los humildes y reduce a la nada a los soberbios; y como María es omnipotente cerca de su Hijo, será con toda seguridad oída. Recurre a ella en todas tus cruces, en todas tus necesida-

des, en todas las tentaciones. Sea María tu sostén, sea María tu consuelo» (120).

(110) Lc. 2,49.

(111) Mc. 1,15.

(112) Lc. 2,49.

(113) «Redemptoris Mater», n.º 20.

(114) Lc. 8,21.

(115) «Redemptoris Mater», n.º 20.

(116) Ibidem.

(117) Lc. 1,38.45; 2,19.51.

(118) «Redemptoris Mater», n.º 20.

(119) Mt. 12,49.

(120) Joaquín Pecci –León XIII–, «Práctica de la humildad», 56. Cfr. Francisco Fernández Carvajal, ob. cit., n.º 5425.

MADRE DEL BUEN CONSEJO

«María está presente en Caná de Galilea como Madre de Jesús, y de modo significativo contribuye a aquel 'comienzo de las señales' que revelan el poder mesiánico de su Hijo...»

(«Redemptoris Mater», n.º 21)

Hace notar el Papa que, según se desprende del evangelio de San Juan, Jesús y sus discípulos estaban en la boda en razón de María. Jesús se dispone a comenzar su ministerio público y manifiesta su poder con un portentoso milagro provocado por la discretísima intervención de María. Ella es Madre de Jesús y de todo lo que Jesús realiza como Mesías. Su maternidad desborda el concepto normal referido

al cuerpo concebido y alumbrado, para manifestarse como algo inédito según el Espíritu.

Cuando el Mesías comienza la búsqueda de materiales aptos para la construcción del nuevo Reino; cuando está todavía formando el grupo inicial que ha de constituir el cimiento de la futura Iglesia; cuando en la voluntad del Padre ha llegado el momento de instaurar el nuevo Pueblo de Dios, aparece María en plano preferente no sólo llena de gracia sino también derrochando solicitud en favor de los hombres, saliendo al paso de cualquier posible necesidad en favor de ellos, por lo cual, aparece protagonizando aquel momento crucial en el quehacer mesiánico de Jesús. Cuando éste se dispone a transformar, con su anuncio del Reino, el agua insulsa de la humanidad caída y devaluada en otra humanidad nueva simbolizada por el vino mejor, allí tiene que estar María, dando cauce al milagro, preparando los odres nuevos. Y lo hace lanzando una consigna que establece el presupuesto imprescindible para lograr que surja el milagro: «Haced lo que Él os diga» (121).

Con esa sugerencia, María nos está descubriendo la clave de la humanidad nueva. Ese es el único camino eficaz para la instauración del Reino de Dios: «Haced lo que Él os diga». Sólo así se conseguirá la transformación del mundo como se consiguió el cambio del agua

en vino. Por eso, Juan Pablo II escribe que «la Madre de Cristo se presenta ante los hombres como portadora de la voluntad del Hijo, indicadora de aquellas exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías» (122).

Las bodas de Caná brindan a María la oportunidad de poner en marcha –junto con su Hijo– la «hora» de actuar eficazmente su maternidad solícita en favor de los hombres. Es conveniente observar cómo el punto de mira de María es siempre la obediencia de la fe; su fe es esencialmente operativa, eminentemente práctica. Mira a Dios con intento serio de descubrir lo que su plan divino dispone; y, una vez enterada, está pronta para aceptarlo y ejecutarlo. En la Anunciación, se convirtió en Madre de Dios diciendo al ángel: «Hágase en mí según tu palabra» (123) que es lo mismo que decir: «Estoy dispuesta a hacer lo que Dios me pide»; más tarde, en Caná de Galilea, ejerciendo ya como Madre de Jesús, quiere transferir a todos esa fundamental actitud suya diciéndonos lo que aconsejó a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga» (124). Es como si dijera: «Imitadme en la fe». Porque, sin duda, «en Caná, María aparece como la que cree en Jesús» (125).

La presencia de María lleva siempre consi-

go la presencia de Jesús. Escuchar y cumplir la consigna evangélica de María —«Haced lo que Él os diga»— es imprescindible para el seguimiento fiel de Jesucristo. Además, para nosotros, la eficacia de este consejo de María está ya avalada por una experiencia de siglos. «Muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva. Y así el «haced lo que Él os dirá» se ha convertido en realidades de amoroso entregamiento, en vocación cristiana que ilumina desde entonces toda nuestra vida personal» (126).

(121) Jn. 2,5.

(122) «Redemptoris Mater», n.º 21.

(123) Lc. 1,38.

(124) Jn. 1,5.

(125) «Redemptoris Mater», n.º 21.

(126) José María Escrivá de Balaguer, «Es Cristo que pasa», n.º 149.

VIRGEN DE LA PAZ

«Otro pasaje del mismo Evangelio confirma esta maternidad de María en la economía salvífica de la gracia en su momento culminante, es decir, cuando se realiza el sacrificio de la Cruz de Cristo, su misterio pascual».

(«Redemptoris Mater», n.º 23).

El momento es solemne; más todavía, único. Jesús, que fue constituido pontífice supremo desde el momento en que se realizó la unión hipostática en el seno virginal de María, se dispone a culminar su misión fundamental de Mediador, «único mediador entre Dios y los hombres», según la conocida expresión paulina (127). Su vida es meritoria, porque actúa libremente, porque obra el bien, porque comparte la peregrinación terrena de una vida

corriente en un estado de gracia permanente; y el valor de su mérito es infinito como corresponde a la dignidad de su Persona divina. Entregando esa vida de precio tan alto consigue hacer las paces entre el cielo y la tierra. Dios y el hombre quedan reconciliados con ese gesto de entregar su vida y derramar su sangre por la salvación de todos los hombres.

En esa hora cumbre no puede faltar María. Por eso, allí está Ella, junto a la Cruz. Percibiendo en su alma, traspasada por la terrible espada que anunciara el anciano Simeón, aquel inmenso dolor que viene a ser como la suma total del sufrir humano. Es significativo que en ese abismo de amargura haya una especial atención de Jesús hacia María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (128). Con estas palabras Jesús orienta la maternidad de María en dirección al hombre redimido. María había concebido y cuidado aquel Cuerpo que ahora está siendo entregado a la muerte; y del cuerpo virgen de María procedía aquella Sangre que, desde lo alto de la Cruz, está siendo derramada para salvar a todo el mundo. Jesús quiere que, en ese momento, María tome conciencia de que con su inmenso dolor está alumbrando otro Cuerpo —«ahí tienes a tu hijo»—; está naciendo la humanidad nueva, regenerada; está surgiendo el nuevo Pueblo de Dios; está brotando la cosecha abundante en que germina

esa semilla divina de redención. «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (129). Esa fecunda semilla es la divina Persona del Verbo hecho carne en María.

El misterio pascual ha llegado a su más alta cumbre. Cristo, «obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (130), cierra de este modo el programa que previamente se había trazado y conscientemente había asumido: el cumplimiento fiel y heroico de la voluntad del Padre. Por eso, puede exclamar: «Todo está cumplido» (131). A partir de ese momento, el nuevo Pueblo de Dios queda definitivamente constituido por el hombre redimido. Y ese hombre es entregado a María como hijo en la persona del fiel apóstol Juan. Expresamente lo afirma Juan Pablo II en su encíclica: «La madre de Cristo... es entregada al hombre –a cada uno y a todos– como madre. Este hombre junto a la Cruz es Juan, el discípulo que él amaba. Pero no será él solo» (132).

Efectivamente, en esta circunstancia, Juan es el representante de la estirpe de Adán, convertida ya desde ahora en «vino bueno» (133). Podemos decir que en ese momento culmina su efecto el milagro de Caná. A instancia de María y en colaboración con Ella. Con este

procedimiento: «Haced lo que Él os diga». La humanidad ha cambiado totalmente. Y ello ha ocurrido gracias a la intervención de María que, aunque subordinada a la Redención de su Hijo, sigue actuando a lo largo de la vida de la Iglesia y de cada una de las almas. Entra, por tanto, muy dentro de la lógica que no perdamos de vista, tanto individual como colectivamente el poder intercesor de María.

El Papa Juan Pablo II, en su primer viaje a tierras americanas, visitando uno de los lugares en que la Virgen María manifiesta más abundantemente su condición de Mediadora, pronunció esta hermosa plegaria que convierte en oración todo lo comentado anteriormente: «A ti, María, el Hijo de Dios y a la vez Hijo tuyo, desde lo alto de la cruz indicó a un hombre y le dijo: 'He ahí a tu hijo' (134). Y en aquel hombre te ha confiado a cada hombre. Te ha confiado a todos. Y Tú, que en el momento de la Anunciación, en estas sencillas palabras: 'He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra' (135) has concentrado todo el programa de tu vida, abrazas a todos, te acercas a todos, buscas maternalmente a todos. De esta manera se cumple lo que el último Concilio ha declarado acerca de tu presencia en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Perseveras de manera admirable en el misterio de Cristo, tu Hijo unigénito, porque estás siempre

dondequiera están los hombres sus hermanos, dondequiera está la Iglesia» (136).

En resumen, María ha sido, es y seguirá siendo promotora de la paz entre el cielo y la tierra; Mediadora eficaz e imprescindible entre Dios y los hombres. Virgen de la Paz: que aprendamos de ti a vivir como hijos de Dios, dispuestos a cumplir siempre en todo su adorable voluntad.

(127) I Tim. 2,5.

(128) Jn. 19, 26.

(129) Jn. 12, 23-24.

(130) Fil. 2,8.

(131) Jn. 19, 30.

(132) «Redemptoris Mater», n.º 23.

(133) Jn. 2, 10.

(134) Jn. 19, 26.

(135) Lc. 1, 38.

(136) Juan Pablo II, Homilía en Guadalupe -México- 27-I-79.

Cfr. Documentos Palabra, 30/1979, pg. 29, col. 1.ª, 2.

MADRE DE LA IGLESIA

«Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz significan que la maternidad de su Madre encuentra una nueva continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia...».

(«Redemptoris Mater», n.º 24).

Hemos dicho ya que todo lo que se da en María tiene que realizarse también en la Iglesia. En este punto de la encíclica, Juan Pablo II transfiere a la Iglesia la función de la nueva maternidad de María; la Iglesia quedó investida de esa función materna por expreso designio de Dios. Son muchas las expresiones artísticas de la iconografía cristiana que representan a María cobijando bajo su manto a todos los estamentos que forman el variadísimo con-

junto social de la Iglesia: clérigos y laicos; jerrarcas y pueblo sencillo; nobles y plebeyos; pobres y poderosos; todos por igual aparecen protegidos por la solicitud maternal de María. Esto se hace visible en el transcurso del tiempo, como si de un signo sacramental se tratara, en el cuidado y servicio de la Santa Madre Iglesia.

María es proclamada «Madre de la Iglesia»; y la Iglesia es presentada como visible manifestación y «prolongación de su maternidad respecto del Hijo de Dios» (137).

María concibe al Jesús físico en la Anunciación bajo la acción del Espíritu Santo. Y este mismo Espíritu Santo se derrama como don inefable el día de Pentecostés, para que la Madre de Jesús, con su oración perseverante y con solicitud materna, dé vida a la Iglesia naciente en el cenáculo de Jerusalén.

La maternidad de María se perpetúa en la Iglesia fecundada en Pentecostés por el Espíritu Santo. La Iglesia será siempre la imagen viva de la Virgen Madre. Mediante el incesante ejercicio de su función evangelizadora, por el bautismo y la doctrina, engendra espiritualmente a los fieles, haciendo realidad aquel nacimiento «del agua y del Espíritu» a que alude Cristo en su célebre diálogo con Nicodemo (138). Ese nacimiento que da entrada en el Reino de Dios se verifica a través de un alum-